

Notas de Pesquisa

La Historia de la conquista en las versiones de Pedro Lozano y José Guevara. Estudios comparados de la producción escrita de la Compañía de Jesús en el siglo XVIII

The *History of the Conquest* in the versions of Pedro Lozano and Jose Guevara. Comparative studies of the writings of the Society of Jesus in the 18th century

Josefina G. Cargnel¹
josefinacargnel@hotmail.com

Este trabajo forma parte del proyecto doctoral que busca analizar la producción de Pedro Lozano en conjunto y así, mediante la historia social de la historiografía, observar las relaciones que establece con su entorno a través de la escritura. Al mismo tiempo se enmarca en el Proyecto de Investigación denominado *PI 113/07 Contextos de producción, construcción de memorias e historiografía en el Nordeste argentino siglos XVIII-XX*, asentado en la Facultad de Humanidades - UNNE para estudiar los esfuerzos realizados por distintos sectores para dotar a la región nordeste de un pasado común.

Los objetivos que planteamos para este trabajo consisten en presentar las primeras líneas de análisis en torno a la “forma de la escritura” de los cronistas e historiadores jesuitas del Río de la Plata, específicamente Pedro Lozano y José Guevara, limitándonos a las *Historias de la conquista* que éstos escribieron durante el siglo XVIII. Nos planteamos observar las “fórmulas” y las características particulares que tuvo la historiografía rioplatense dentro del marco señalado por las políticas de escritura de la Orden durante la primera mitad del siglo XVIII.

Para este trabajo son muy útiles las ideas de Roland Barthes (Barthes, 1997, p. 53), quien afirma que en gran parte los jesuitas ayudaron a afianzar la idea de literatura como “buena escritura”. Esta idea se inicia con la escritura de Ignacio de Loyola – quien fuera el fundador de la Compañía de Jesús – y específicamente con la redacción de los Ejercicios Espirituales. Estos “ejercicios” consistían en un retiro donde se hace hincapié en la meditación y en la resignificación de las oraciones a través del nuevo lenguaje que el ejercitante puede conseguir en unos días de retiro del mundo material; todos los padres jesuitas debían hacer

¹ Profesora en Historia egresada de la Facultad de Humanidades en la Universidad Nacional del Nordeste - Resistencia - Chaco Argentina. Docente (categoría Auxiliar con dedicación Simple) en la cátedra Introducción a la Historia de la carrera Profesorado en Historia de la misma Facultad. Becaria de Investigación co-financiada CONICET-UNNE para desarrollar estudios doctorales en Historia en la Universidad Nacional de Córdoba - Argentina.

periódicamente los ejercicios y también se extendían a los laicos que podrían realizar una versión resumida. Este modelo nos permite pensar en la escritura de los cronistas, mediada por su trabajo como ejercitantes, que seguramente configuraría la manera de imaginarse un espacio. Asimismo Jaolino Torres (2008, p. 12) afirma que esta necesidad de la escritura para la Orden puede encuadrarse también con la idea de genealogía del poder de Foucault, ya que sus dispositivos disciplinantes posibilitan leer las prácticas de la Compañía como génesis del poder disciplinar.

A la hora de analizar estos textos debemos considerar su función como relatos, a que público se refieren, como acceden al contenido, como se leen y el contexto al que pertenecen, ya que, como afirma Beatriz Domínguez, esta escritura no es sólo un registro sino la construcción de una realidad, una realidad que va siendo edificada por las instituciones políticas a las que pertenecen, porque “los discursos son también partes constitutivas de contextos históricos” (Dominguez, 2006, p. 59).

Por otra parte, también planteamos una mirada sobre las *Historias* de éstos cronistas jesuitas considerándolos como “escritores de la modernidad” de acuerdo a lo que plantea Antonella Romano al analizar distintas cartas de misioneros jesuitas de Nueva España, ya que la autora plantea que la Compañía queda en el centro de la “modernidad” al ser una “orden de regulares en el siglo”; aunque conviene interrogar a la Orden como “una institución que constituye un observatorio de la modernidad” (Romano, 2007, p. 57). En este sentido la autora destaca la formación de un misionero ideal, ilustrado, que es enviado y posteriormente formado en América, para satisfacer la principal ocupación de la Orden: la atención de los naturales y el conocimiento de sus lenguas.

La escritura en la Compañía de Jesús

Muchos autores coinciden en la importancia que tenía la escritura para la Compañía. Ignacio de Loyola había encargado a todos los padres jesuitas, en sus primeras cartas, que mantuvieran correspondencia frecuente informando todas las tareas que realizaban y la descripción de los lugares donde estaban, tanto donde eran bienvenidos como en las zonas en que se los cuestionaba. En esta primera etapa la escritura tiene como objetivo principal formar identidad hacia adentro y hacia

fuera sobre todo en un momento de configuración de los espacios. Sin embargo, con el correr del tiempo, esta correspondencia se convierte en dispositivo memorístico y de propaganda para fijar una imagen de la Orden.

Sobre la escritura, Magda Jaolino Torres afirma que ésta era una preocupación muy importante de la Compañía, ya que el registro escrito de los sucesos se entendía como la custodia del registro en sí mismo (Jaolino Torres, 2008). En este punto es interesante observar en los libros de ambos padres donde señalan esta motivación de resguardar los hechos o resaltar la actuación de los padres, aunque en Lozano es más claro este impulso:

Habiendo de emprender por impulso de la obediencia el noble asunto de dar al público la historia de la Compañía de Jesús que contiene proezas esclarecidas y hazañas memorables con que los héroes jesuitas, sus hijos, supieron inmortalizar su nombre para la posteridad [...] (Lozano, 1745).²

Guevara lo expresa con estas palabras:

Tocarse cuanto concierne a la historia de los ríos, animales, árboles y plantas [...] Pertenece a la historia civil, eclesiástica y jesuítica. Echará de menos el lector en esta obra el establecimiento de las otras familias religiosas [...] (Guevara, 1882, p. 2).

También es interesante destacar en ambas citas el objetivo de las obras, en las que pese a ser historias civiles se “cuela” el afán de resaltar las tareas de los padres, idea que se refleja muy clara en la intención de Lozano de describir el teatro donde se destacaron los misioneros.

A través de la escritura, la jerarquía impuesta por los miembros de la Orden se aseguraba el principio de omnipresencia (Jaolino Torres, 2008, p. 4), ya que todos los padres tenían obligación de enviar la correspondencia – sus cartas personales y oficiales, y los informes de cada provincia – respetando los escalafones establecidos. Por esto se percibe el uso de la escritura como condición fundamental para que el poder disciplinar pudiese ser global y continuo. Esta escritura dentro de la Compañía forma un tejido que mantiene unido el cuerpo y al mismo tiempo condiciona la configuración de las prácticas.

Federico Palomo (2004, p. 120), analizando la relación de misiones rurales de Portugal, afirma que ese impulso por escribir estaba signado por la obligación, que conllevaba al mismo tiempo la necesidad de fijar la palabra,

² Debido a que trabajamos con copias en positivo de una microfilmación del manuscrito original obrante en el Archivo de Valparaíso en Chile obtenida por el Dr. Ernesto Maeder, de la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* de Lozano, y por tratarse de un manuscrito inédito no contamos con el número de las páginas de las citas que extraeremos para ejemplificar nuestro trabajo.

ya que la palabra emitida en el púlpito era volátil porque no se asentaba para la relectura, como si podía hacerse con la palabra escrita. Es interesante destacar que no se establece claramente la lengua en la que se debía fijar dicha palabra; es válido suponer que en lenguas vernáculas y no en latín, para que estuvieran al alcance de todos.

Al mismo tiempo que esta escritura se configura comenzando a través de la correspondencia, pero que se instaura también con las cartas de Juan de Polanco remarcando las *letras mostrables* para escribir sobre las residencias, cuantos padres son y en que entienden, donde y como viven, las vecindades y los gentiles que son exactamente los mismos temas que repiten Lozano y Guevara en el siglo XVIII expresándolo en estas palabras:

[...] me resolví a dar noticia de esta provincia, describiéndola con la mayor puntualidad que me fuere posible, las calidades del país, las propiedades y genios de sus naturales, junto con su origen, la conquista temporal que se halla historiada con poca claridad muy diminuta y en raros autores [...] (Lozano, 1745).

Es decir que, a través de las primeras cartas – y luego establecidas en las *Reglas de la Compañía de Jesús* [1735] – se reglamenta no sólo minuciosamente la vida de los padres sino también qué, cómo y la forma en que se escribe para generar estrategias de gobierno y cohesión así como de representación del cuerpo. Esta escritura se inscribe en la noción de Martín Morales de *mostrar y encubrir* (Morales, 2005, p. 45), donde remarca que todos los misioneros y especialmente los cronistas conocían la idea de decir lo que se puede mostrar y es edificante para la Compañía y ocultar tanto las disidencias internas, los conflictos y todas aquellas cuestiones donde la Orden no sobresaliera. Según este autor, esta regulación está presente en toda la producción de la Compañía, siempre que no fueran las cartas espontáneas que podían escribirse entre los misioneros, al provincial o al general aunque fueran controladas por el superior al igual que la correspondencia personal de los misioneros.

Es importante remarcar la diferencia entre la escritura de las crónicas y la correspondencia; si bien ambas estaban destinadas a orientar la conducta del que escucha, en el primer caso, en líneas generales, era la propia comunidad jesuita la receptora, a diferencia de las crónicas, que son textos que tienen como objetivo final un público más amplio.

Al hablar de la escritura es interesante recordar la importancia de los archivos para la Compañía y agregar con Jaolino Torres que el archivo jesuítico era concebido no solamente como un lugar para la guarda de los documentos, sino como un administrador y re-elaborador

de la información circulante y de los registros (Jaolino Torres, 2008, p. 10). En este sentido se dan indicaciones concretas sobre que escribir dada la importancia del papel como criterio de que “aquello que está escrito es la verdad”. La autora brinda como ejemplo para pensar específicamente el tema, en la exigencia del procedimiento de los votos sacerdotales – citando el capítulo 3 de la V parte de las Constituciones – “durante la ceremonia anotar todos los presentes y registrar en el libro el voto del profeso para que siempre se pueda dar prueba” (Jaolino Torres, 2008, p. 4).

Una vez presentada la importancia de la escritura para la Orden e inscribiendo la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y del Tucumán* de Lozano y la *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y del Tucumán* de Guevara en esa “escritura para mostrar” pasamos a analizar el contexto de los autores para poder presentar las obras y analizarlas posteriormente.

El espacio de los autores

Pedro Lozano y José Guevara fueron historiadores jesuitas que tuvieron a su cargo la tarea de escribir la historia de las actividades que los misioneros jesuitas habían realizado en estas provincias. Este quehacer de escribir la historia era fundamental para la Compañía para afirmar su papel en Europa así como para justificar sus actividades en estas tierras. Y el ser designado historiador implicaba que su vida misional estaba dedicada a la escritura. De ambos, Pedro Lozano se destacó por la cantidad y calidad de sus escritos mientras que José Guevara no tuvo la misma relevancia que su antecesor.

De acuerdo al *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay* realizado por Hugo Storni, Pedro Lozano nació en 1697, llegó al Río de la Plata en 1711, realizó sus votos en 1730 incluyendo el cuarto voto de obediencia al Papa y falleció en 1752. José Guevara, de acuerdo al mismo *Catálogo*, nació en Toledo en 1719, ingresó a la Compañía en 1734, realizó sus votos en 1752 y falleció en 1806 en Italia (Storni, 1980, p. 131). Guevara está entre los jesuitas expulsos en 1767 de la estancia de Santa Catalina, lo que nos otorga su última residencia; y es importante señalar que al momento del extrañamiento sus papeles son secuestrados allí y se desconoce su paradero. Guillermo Furlong (1959, p. 25) afirma que Pedro Lozano, después de muchos viajes y estadías en Santa Fe, Corrientes y Asunción, también se había instalado en Córdoba y específicamente en dicha estancia de Santa Catalina. Suponemos que Guevara por estar encargado también de estos trabajos literarios residiría allí como lo indica el lugar donde lo encuentra la expulsión, aunque es posible

que ambos residieran en el Colegio de Córdoba por la documentación y la biblioteca que se encontraban allí. Recordemos que en Córdoba funcionaba la universidad de los jesuitas que tenía una importante biblioteca llamada “Mayor” que seguramente era de consulta permanente para nuestros autores. Asimismo en esta casa de estudios Lozano dictaba moral y teología, y Guevara filosofía.

Por otra parte, sabemos por la información que ofrece Guillermo Furlong que Pedro Lozano había sido designado *historiographus provinciae* en 1730, y después de su muerte, en 1752, continúa esta tarea José Guevara hasta el extrañamiento de los jesuitas de todos los dominios del rey de España. Las obras de Lozano son numerosas y conocidas, y se destacan principalmente sus cuatro trabajos históricos: *Historia de la Compañía de Jesús* publicada en Madrid entre 1754 y 1755, *Historia de las revoluciones del Paraguay* publicada en Madrid entre 1732-1735, *Descripción corográfica del Chaco* publicada en España en 1733 y posteriormente reeditada en 1940, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* publicada en Buenos Aires por Andrés Lamas entre 1873-1875 entre numerosos trabajos de traducción y biografías de padres. Los escritos de Guevara son menos conocidos; entre los editados entre 1775 y 1790 se cuentan sus *Dissertatio Antiblasiana ser Biasius in Blasium Commonitorem, Dissertatio histórico – dogmática de Sacrarum imaginum... religioso quatur epochis complectens dogma e disciplinam Ecclesiae super sancta imagines, Dissertazione sopra gli oracoli nella quale si fa manifesto contra Fontanelle, cle il demonio ebbe parte negli oracoli degli antichi*; y entre sus obras inéditas se destacan su *Vida de Bernardino de Cárdenas, Disertación de la Fe, De Abusu superstitioso rerum*, y la *Historia Natural, política, eclesiástica y jesuítica del Paraguay* que estudiamos es su única obra histórica editada tardíamente en 1882 por Andrés Lamas.

Instalados en la capital de la provincia del Tucumán, es bueno contemplar que este espacio, se destaca por su *multiétnicidad, multiculturalidad y la multiplicidad de niveles sociales* (Lorandi, 2008, p. 69). La primera característica hace referencia a los distintos grupos de población nativa y los diversos orígenes de los españoles llegados a estos territorios; la segunda destaca los distintos desarrollos de las comunidades indígenas que permitieron distintas maneras de relacionarse política, económica y culturalmente; y la tercera caracteriza la sociedad en grupos jerárquicamente estructurados. A esto debemos sumarle que era un espacio de frontera, ya que pese a ser un territorio ocupado efectivamente por los españoles era al mismo tiempo una frontera fluctuante con el Chaco, con la frontera que tenían relaciones comerciales, pero también ofensivo-defensivas (Lorandi, 2008).

Es interesante remarcar que en los años que Lozano y Guevara escriben, estableciendo un periodo desde 1740 a 1766, los gobernadores de Tucumán (Lorandi, 2008, p. 73) fueron Juan de Santiago y Moscoso, que gobernó entre 1738 a 1741 y posteriormente el teniente de gobernador Manuel de Esteban y León. De 1743 a 1749 ocupó el gobierno Juan Alonso de Espinosa y Monteros, de allí hasta 1752 Juan Victorino Martínez de Tineo, quien brindó mucho apoyo a las misiones jesuíticas del Chaco como política de frontera, después de notar que la guerra ofensiva no funcionaba. Fue sucedido por Juan Francisco de Pestaña y Chumaceno hasta 1757, año en que asumió el cargo José de Cabrera como gobernador interino hasta 1758.

Para esta época la población de la región rioplatense había aumentado pero todavía las “ciudades” eran pequeñas aldeas; la valorización de los cueros y el efecto estimulante de los asientos francés e inglés fueron, según Magnus Morner, los elementos dinámicos de este proceso cuyo centro era Buenos Aires. Al tráfico tradicional con las provincias “de arriba”, al contrabando llegado desde Colonia o de buques “de arribada forzosa” se iba añadiendo ahora el comercio de esclavos importados por los asientos con su complemento de otros géneros. Además, el despacho de navíos de registro desde Cádiz a Buenos Aires, cada vez más numeroso a partir de 1720, ayudó a canalizar un contingente cada vez mayor del comercio peruano por este camino. Buenos Aires crecía a ritmo incontrolable al tiempo que las ciudades del interior podían sacar provecho del comercio de tránsito, aquellas que estaban situadas en la ruta como Santa Fe o Corrientes, pero su propia producción de tejidos, por ejemplo, sufría con la competencia de las mercancías importadas, y el desarrollo de su comercio mular con el Alto Perú quedó estrictamente limitado por la decadencia de la minería (Morner, 1968).

Los jesuitas en general y los de Asunción en particular eran los más criticados por los avances de las misiones de guaraníes que crecían a ritmo arrollador. Los conflictos con los productores asunceños se concentraban en la producción y venta de yerba; pero a esto se sumaba el enfrentamiento con los obispos por el asunto del diezmo y con los gobernadores, ya que los indios misioneros no tributaban en un comienzo y el tributo fijado después era demasiado “barato” a los ojos de las autoridades civiles. En este marco de situaciones se suma la rúbrica de la “Cedula Grande”; firmada en diciembre de 1743 por el rey Felipe V, aprobaba casi todos los aspectos de la administración jesuita en los pueblos de guaraníes y confirmaba dentro de sus privilegios el tributo de un peso por cabeza; no en vano esta cédula ha sido llamada por los historiadores “Cédula Grande” afirmando que fue el resultado de un escrutinio

escrupuloso y objetivo. “Para los jesuitas esta cédula confirmaba su administración de los pueblos y claramente pro-jesuita en la cuestión del tributo indígena, parecía la sentencia definitiva que confirmaba la grandeza y la justicia de su labor entre los guaraníes” (Mörner, 1968, p. 133)

Así, estas ciudades se consolidaban y a la par surgía un sector comercializador de las economías comarcales, el cual fue uniendo las distintas ciudades entre sí y con el centro regional de Charcas, creando las condiciones para el funcionamiento de una ruta comercial que, a través del Río de la Plata y contrabando mediante, conectaba Potosí con las ciudades del Tucumán y éstas con el Atlántico. Algunos de los habitantes se sumergieron, parafraseando a Zacarías Moutokías, “en una mediocre dignidad entre urbana y rural y otros aumentaron su riqueza y poder. A esto se sumaba la llegada de nuevos migrantes cuyo éxito a la cabeza de importantes redes comerciales les abría no sin tensiones, el camino del grupo de familias notables” (Moutokías, 2000, p. 377).

Si bien las características generales del espacio rioplatense son similares durante el periodo en que nuestros autores escribían, consideramos fundamental destacar que la producción de Lozano se encuadra en un periodo en que, si bien la Compañía, era criticada ve reafirmadas todas sus prerrogativas y congratuladas sus tareas con la “Cédula Grande”. La producción de Guevara en cambio es posterior al Tratado de Madrid que produjo la Guerra Guaranítica y puso a la Compañía en el centro de las críticas y cuestionamientos, acusando a los padres de fomentar la resistencia de los guaraníes que debían abandonar los pueblos que se encontraban en el territorio a la margen izquierda del río Uruguay por el acuerdo entre las coronas española y portuguesa. Indudablemente esta situación condiciona la escritura de uno y otro, y quizás por esto Guevara intenta una síntesis del trabajo de Lozano para poder ofrecer rápidamente y a menor costo (por la menor cantidad de páginas) una obra de propaganda que resalte la actuación de la Compañía.

Las Historias

La Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán es una obra extensa donde Lozano relata los sucesos que consideró más importantes de la conquista “civil” de estas provincias que luego formaron parte de la provincia jesuítica del Paraguay, para ofrecer un panorama de la historia rioplatense como complemento a la *Historia de la Compañía* que había sido encargada por sus superiores. Está compuesta por dos tomos que a su vez se dividen el primero en tres libros sobre las provincias del Paraguay y del Río de la Plata y el segundo en dos que tratan sobre la conquista de la provincia del Tucumán,

todos con el mismo título; debido a que trabajamos con un manuscrito inédito, no podemos contar con las páginas de las citas que presentamos de esta obra.

Los libros abordan distintas temáticas, comenzando con una descripción geográfica y etnográfica de las gobernaciones señalando terreno, ríos, flora, fauna y principalmente los pueblos aborígenes que habitan cada provincia. Esta descripción geográfica de las provincias del Paraguay y Río de la Plata junto a la de la provincia del Tucumán, tratada en menor medida, abarca todo el primer tomo, ocupándose también de la flora y de la fauna apelando constantemente a la creación divina de América, estableciendo comparaciones a partir de la flora y fauna europeas o conocidas por los españoles. Se extiende al tratar la yerba mate llamándola “hierba del país” y explica detalladamente tanto su uso entre los indígenas, la adopción que hacen los españoles y la forma de cultivo, recolección y venta en las Misiones, como los enfrentamientos que esto produce con los vecinos asunceños. En este libro también hace referencia a los indios que habitaban la zona y al contacto que se va produciendo entre estos y los españoles durante los siglos XVI y XVII. Ocupan un lugar especial en la obra el origen del hombre americano y la prédica de los discípulos en estas provincias; Lozano nos ofrece todas las hipótesis que se habían formulado hasta la época en la que escribía. Y demuestra, a través de las huellas de Santo Tomás esculpidas en las piedras, la presencia de misioneros en América antes del descubrimiento.

En los libros siguientes se ocupa de la historia civil del Río de la Plata comenzando con los primeros viajes de descubrimiento de la zona y continúa el relato con los principales acontecimientos, haciendo hincapié en los institucionales, entre éstos detalla los sucesos de la fundación de cada una de las ciudades de estas provincias, desde la convocatoria a los vecinos para “fundar”, los sucesos del traslado, el establecimiento de la ciudad, y cuando la documentación se lo permite, los nombres de los conquistadores o vecinos que se ofrecen para el llamamiento y las designaciones de aquéllos que ocuparon los primeros cargos en las nuevas ciudades. Repite esta estructura en los libros I y II del tomo II para los acontecimientos de la provincia del Tucumán; estos libros son muchos más ricos, quizás porque Lozano vivió en esta provincia, ya que se nota a simple vista una cantidad mucho mayor de documentos que en el primer tomo.

Lozano consultó muchos autores de su tiempo y realizó una minuciosa tarea de crítica, ya que consideraba que lo existente era poco y confuso y las proezas de los jesuitas no debían caer en el olvido. Para escribir esta historia, sobre todo en cuanto al descubrimiento y la conquista, según su opinión no tenía documentos que

consultar porque eran escasos en estas regiones; sin embargo, realiza numerosas transcripciones de documentos y opiniones que pudo recolectar en los archivos locales o “papeles” que le remitían. No podemos dejar de mencionar la importancia que esto le otorga a la obra, ya que se convierte para nosotros en un reservorio documental por la pérdida posterior de algunos de esos documentos transcritos.

Ambos tomos terminan con una enumeración de los gobernadores y los principales sucesos de cada gobierno, llegando hasta el gobierno de Miguel de Salcedo en 1734, en Buenos Aires, don Martín José de Echauri, en Paraguay, y en Tucumán don Juan de Santiso y Moscoso, así como de los ministerios de los obispos de las diócesis de Asunción, Buenos Aires y Córdoba.

La Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán de José Guevara, publicada tardíamente al igual que la obra anterior por Andrés Lamas en el siglo XIX, comienza también con una descripción del terreno y de los habitantes de estas tierras para continuar con los primeros sucesos de la conquista del Río de la Plata hasta principios del siglo XVII de una manera mucho más sintética que el tratamiento que da Lozano a los mismos temas. Antes de la edición de Lamas, D'Angelis realizó una publicación incompleta que es muy criticada en la introducción que realiza Lamas a la edición de la obra de Guevara.

No se cristaliza en la obra de Guevara todo el afán y el rigor por la búsqueda bibliográfica que realiza Lozano; aunque es mucho más breve y de ágil lectura, es importante destacar que la *Historia* de Guevara incorpora los sucesos de la región chilena, destacando la entrada de los jesuitas a Chile, su misión en esta región y los misioneros que se destacan por su prédica, sus tareas apostólicas y su ejemplo.

Félix de Azara es sumamente crítico con ambas obras en su introducción a su *Viajes por la América Meridional*. Consideraba que las críticas de estos dos historiadores jesuitas hacia las malocas y la encomienda eran “sátiras insípidas” aunque no entiende la lucha que encarnan los jesuitas contra este sistema de opresión indígena. Azara afirmaba que Guevara no se aparta de la obra de Lozano aunque genera una relación analógica “ya que una es abundante pero natural y la otra se reduce en cantidad pero no agrega nada interesante”.

Guevara presenta todas las características de un historiador de su época; escribiendo en un marco de preocupaciones y rodeado de intereses diversos, elige el curso de las opiniones políticas de su Orden, es partidario de la verdad aunque fácilmente cree en los prodigios. En cuanto al método, Lamas recurre en su Introducción a la obra de Guevara a las expresiones de Estrada, quien afirma que José Guevara, como todos los cronistas de la época, “conservan los límites de la crónica histórica y

hacen presente el providencialismo que les ayuda a aceptar las influencias sobrenaturales” (Lamas, 1882, p. xiii); por esto, destaca Estrada, tanto Lozano como Guevara son cronistas no historiadores. Dejamos planteada esta diferenciación para trabajarla en otro momento ya que no es el objetivo central de nuestro trabajo.

A diferencia de todas las obras de Lozano que manejamos, esta *Historia* de Guevara no tiene proemio pero presenta en cada parte un Sumario que no vemos en la obra de Lozano. Está dividida en dos libros, que a su vez se dividen nuevamente en partes o décadas. En el primer libro, Guevara realiza una descripción del escenario, la geografía, las naciones que la pueblan y sus principales características, “las cualidades del país” señalando ríos, relieves, árboles y animales que vivían en estas provincias. En el libro siguiente, de mayor extensión, comienza con el viaje de Juan Díaz de Solís y los sucesos en estas regiones durante los primeros viajes de descubrimiento; continúa la narración hasta la llegada de Pedro de Mendoza y la fundación de la ciudad de Buenos Aires y el camino de Juan de Ayolas río arriba por el Paraná. Presenta la geografía de la provincia de Tucumán y la llegada de Diego de Almagro, para volver a las provincias del Río de la Plata y Paraguay con la fundación de Asunción, la llegada de Alvar Núñez y su posterior prisión. Y así oscilando entre estas provincias y la del Tucumán va refiriendo la historia de estos territorios hasta principios del siglo XVII con la muerte de los primeros misioneros jesuitas Alonso de Barzana y Juan Saloni, entre otros que se destacaron en la evangelización del Río de la Plata, Paraguay y Tucumán.

Se destacan en la obra de Guevara sus intervenciones de tipo “yo creo”, “yo pienso” que reflejan un autor con características diferentes a Lozano. Guevara se plantea si creer o no en los hechos maravillosos y sobrenaturales que relatan los soldados ya que esta no “es gente digna de creer”. Sin embargo, ambos comparten el interés por señalar referencias temporales del momento que escriben dentro del texto como: “[...] hoy 25 de octubre de 1758 lo he visto”.

Por otra parte Guevara también nos presenta sus propias configuraciones cuando dice, refiriéndose a los dioses indígenas, “no era su Dios sino bienhechores del pueblo” (Guevara, 1882, p. 175). De la misma manera descrea las apariciones de los indígenas afirmando que los familiares de los hechiceros se disfrazaban para atemorizar al pueblo. Al respecto es interesante destacar que la dualidad Dios – Diabolo tan común en Lozano aquí se presenta de otra manera, ya que Lozano asocia siempre a los hechiceros con expresiones del Demonio que dificultan la tarea de los misioneros. Guevara en cambio los presenta como simples expresiones de los hechiceros indígenas que engañaban a sus seguidores.

Otra cuestión interesante en la obra de Guevara es la atención que pone en la memoria de los pueblos

indígenas. Afirmaba que estos son pueblos que no cuidan sus recuerdos porque sólo se interesan por el presente; señala haciendo referencia a una carta de Techo que “los vasallos echan al olvido lo que hacen sus mayores” (Guevara, 1882, p. 283).

Pese a las diferencias que encuentra entre las naciones indígenas, consideraba que cualquiera de ellas podía ser llamada “bárbara, áspera o defectuosa” porque ninguna tiene elocuencia para hablar. Para presentar los animales y plantas de estas provincias, enseña el Índice realizado por el padre Ventura Suarez que puede entenderse como un índice alfabético-histórico-médico. En el libro segundo continúa con los primeros avances de la conquista haciendo una breve historia de Solís y sus expediciones por el Río de la Plata hasta principios del siglo XVII.

Guevara no realiza la descripción del terreno ya que considera – y lo expresa – que era mejor observarlo en el mapa. Si bien Lozano realiza dicha descripción también le incorpora un mapa por la utilidad. Remarcamos en primer lugar que ninguna de las ediciones que manejamos para éstas obras contienen dichos mapas; pero en segundo lugar queremos destacar que el mapa es, desde nuestra óptica, significado de la modernidad en la que enmarcamos a estos historiadores, ya que como afirma Antonella Romano “la producción geográfica y cartográfica [de los jesuitas] participa de esta empresa de medición del mundo, que constituye la vertiente espacial del proceso de disciplinamiento del cual los jesuitas han sido uno de los más poderosos agentes culturales” (Romano, 2007, p. 65).

José Manuel Estrada afirma de éste que “como escritor guarda también el término medio [...] ha resumido a Lozano con habilidad pero escribiendo tan desagradablemente como aquel y ni es un mal copista ni un autor de primer orden. El padre Guevara [...] nos dejó un libro que es un monumento de la época: la refracción de las ideas que lo dominan, sencillo y celoso misionero con buenas dotes de historiador que es lamentable no cultivara en trabajos más nuevos y corrigiendo su estilo” (Lamas, 1882, p. xviii).

Comúnmente se dice que la obra de Guevara es una copia reducida de la de Lozano. No podemos negar que hay párrafos que son textuales y sobresalen en la comparación; sin embargo, queremos concentrarnos en otra mirada que nos permita entender la configuración de una historia que hacen éstos misioneros, que pese al momento tan diferente en cuanto al posicionamiento de la Compañía en que viven ambos, pueden incorporarse en la escritura oficial que nos ofrece la Orden para llevar registro y para “mostrar” las tareas realizadas por los jesuitas en estas provincias. Justamente por eso son tan similares, porque el espíritu que muestran es el de la orden

a la que pertenecen, utilizando el método de los cronistas de su tiempo.

Indudablemente ambos utilizaron la Biblioteca Mayor, ya que si bien en Lozano hay una innumerable cantidad de citas y referencias bibliográficas, Guevara también incorpora las opiniones de “autoridades”. La biblioteca es otro aspecto de la modernidad de la Orden, ya que, como afirma Romano, la mayoría de las bibliotecas jesuíticas estaban bien nutridas y no sólo con textos que apoyaban la posición aristotélica que se enseñaba a través de la Ratio, sino también “textos científicos que insertan estos espacios en la modernidad tal como esta puede ser definida por la Europa colonial de la época” (Romano, 2007, p. 64)

Es interesante destacar que Guevara también se nutrió de otros documentos que Lozano escribió con posterioridad a la Historia como el *Informe de fronteras de 1745*; aunque señalamos un documento del mismo autor, sustentando su libro con nuevos documentos, podemos suponer que junto con éste, consultó otros documentos no existentes en la época que Lozano escribía.

Sobre el estilo de Guevara y de Lozano, afirma Lamas que lo importante no es el estilo porque no son obras literarias, en estas crónicas “lo esencial es la investigación prolija, el conocimiento de los hechos y lo inteligible de la narración” (Lamas, 1873-1875, p. xx). Estos dos autores no son una excepción, ya que en casi todos los escritos de los padres jesuitas el asunto por antonomasia es la evangelización de los indígenas, ya que este era uno de los pilares de la Orden y a la vez una de sus actividades más cuestionadas; se habla de las costumbres, las creencias y el idioma de los aborígenes sin olvidar la flora y la fauna que les son familiares, así como el escenario geográfico en que habitan. A esto agrega Daisy Rípodas Ardanaz que también presta atención a las cuestiones políticas en la medida en que estas han incidido en la acción de la Compañía (Rípodas Ardanaz, 1999, p. 369).

Por otra parte es bueno traer aquí los análisis que realiza Barthes (1997, p. 63) sobre el discurso de los Ejercicios Espirituales de Loyola, afirmando que, a través de éstos ejercicios que todos los padres debían hacer y que consistían en un mes de reflexión y oración, hay un objetivo por generar un vacío lingüístico para llenarlo con un nuevo lenguaje. Este lenguaje se articula con la imaginación para describir una composición de lugar. Podemos pensar que la exhaustiva descripción de Lozano y la síntesis de Guevara tienen su anclaje en los ejercicios espirituales que debieron hacer donde se instala una manera de pensar y de actuar que estos cronistas repiten a la hora de escribir sus obras. Uno en su descripción se esfuerza por mostrar el mundo con el que los jesuitas se encontraron y el otro por realzar la síntesis de las actividades de los jesuitas en ese teatro descripto.

También podemos remontarnos en este análisis de Barthes (1997, p. 75) al ensamblaje final que Ignacio propone en sus Ejercicios, donde el relato se convierte en un discurso desprovisto de estructura y que acepta términos y diferencias; por esto el ejercitante necesita reconstruir ese teatro ignaciano menos retórico que fantasioso, una escena que se convierte en escenario. Traemos esto a consideración para fundar en esta transformación de escena en escenario la necesidad de la descripción y esta idea de Lozano de presentar el teatro donde se desarrollaron las proezas de los padres jesuitas y remarcar cuales fueron estas tareas dentro de lo que se configura como una historia de los acontecimientos civiles, pero en la que indudablemente los padres hacen sobresalir la actuación de sus compañeros.

Creemos que los textos de Lozano y Guevara se pueden enmarcar en lo que Federico Palomo llama “género especular” porque la escritura se convierte en un espejo que representa las obligaciones de los jesuitas. Esto es fundamental para los dos historiadores que pretenden mostrar las tareas cumplidas por los padres jesuitas en los primeros siglos de conquista y poblamiento de estas regiones, moviendo a los que escuchan a la edificación, aunque el objetivo primordial sea narrar la conquista de unas provincias, es decir la historia institucional o los “sucesos profanos” sin embargo se cuela el afán por destacar las tareas de los misioneros en ese contexto como señalamos.

Federico Palomo (2004, p. 125) afirma que el público y la función que tendrá lo que uno escribe condicionan la elaboración de los manuscritos. Estamos totalmente de acuerdo que para los dos casos que trabajamos, pese a que ambos libros quedan inéditos por razones que aún desconocemos, es indudable que ambos autores pensaban que su obra sería publicada y que tendría como destinatarios los refractarios y noviciados de la Compañía, y sería también de utilidad para dar a conocer la prodigiosa labor que realizaban los jesuitas en el espacio rioplatense. Es bueno destacar también que quizás la obra de Guevara escrita después del Tratado de Madrid y posteriormente a los sucesos de la guerra guaraníca sin duda se presenta en un contexto donde la Compañía necesita remarcar su utilidad en el espacio rioplatense.

Federico Palomo trabaja en su obra con la categorización de Inés Zupanov, quien trabajando con la escritura de los misioneros a la India realiza una clasificación de la escritura de los jesuitas en cuatro modalidades que obedecen a los propios objetivos del primer general de la Orden, Ignacio de Loyola: uno es el modo *teatral*, más apto para escritura edificante; ambos autores pueden enmarcarse en este modo donde se realiza la descripción del ambiente adverso y la tarea de los padres jesuitas, por ejemplo en Lozano:

La historia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán es una obra verdaderamente difícil, superior a estudio ordinario y poco menos que insuperable a toda humana diligencia... tocarse a cuanto concierne a la historia de los ríos, animales, árboles y plantas, cuanto toca a genios, costumbres, ceremonias, ritos de las naciones indianas y cuanto pertenece a la historia civil, eclesiástica y jesuítica [...] (Lozano, 1745, el subrayado es nuestro).

[...] ya dejamos insinuado el estado miserable de la provincia: las armas de continuo en las manos y las disensiones civiles enteramente avocaban así el cuidado con abandono total de las almas [...] (Guevara, 1882, p. 67).

Esta autora también reconoce una escritura *polémico-dialogica*, que da expresión a las eventuales disputas y desavenencias entre los religiosos de la Compañía; podemos incorporar también en este grupo los altercados con grupos ajenos a la Orden. Si bien los libros de Lozano y Guevara se encuadran directamente en el rango anterior, podemos incorporarlo en este grupo porque aparecen denuncias veladas hacia fuera sobre la actuación de otros religiosos, enfrentamientos con los obispos o los gobernadores de distintas épocas:

Viniendo nuevamente por gobernador del Paraguay don Diego de Escobar Osorio, se restituyó su ilustrísima [fray Bernardino de Cárdenas] a la Asunción, y muriendo a los dos años el dicho gobernador, se hizo elegir por sucesor suyo y estrenó el ejercicio de su gobierno, expulsando a los jesuitas e intentando demoler su colegio [...] (Lozano, 1745).

[...] verdad es que esta real ordenanza [cedula real que ordenaba despachar misioneros jesuitas al reino de Chile] no surtió el efecto pretendido o porque en las causas de Dios se procede lentamente o por otro motivo más decoroso que borró la antigüedad de los tiempos... (Guevara, 1882, p. 393).

El modo *etnográfico* da forma para la acumulación y sistematización de informaciones sobre los pueblos y regiones que trataban de evangelizar; si bien hay otras obras que podrían encuadrarse específicamente en este modelo, como *La descripción corográfica del Chaco* de Lozano, estas historias también incorporan descripciones del mundo en cual viven que nos permiten ubicarlas en este grupo:

La multitud de árboles que pueblan estas provincias al paso que las hermosean, las utilizan ya con sus frutos, que sustentan a sus moradores, ya con sus maderas para

servir a las necesidades humanas, ya con sus virtudes para reparo de la vida [...] (Lozano, 1745).

[...] en lo que no se puede negar, es en la parcialidad de caaiguas, que habitan entre el Paraná y el Uruguay [...] son los caaiguas abortivos de la naturaleza, hombres con narices de monos, gibados que miran a la tierra como si para ella sola [...] el cuello corto y tan ceñido que no sobresale del hombro [...] (Guevara, 1882, p. 15).

Por último una forma *utópica* por medio de la cual el sujeto daba rienda suelta a sus propias aspiraciones espirituales; por ser obras netamente históricas no aparecen estas figuras, si bien podemos pensar que estas cuestiones podían ser desarrolladas por estos actores en las traducciones que realizaban, como parte de su tarea de *historiographus*, de libros de oraciones, ejercicios y otros libros espirituales.

Exceptuando este último criterio, creemos que todos estos ítems pueden ser aplicados a la producción de estos autores, aunque quizás no a estas obras específicas, porque reflejan justamente el tipo de escritura que la Compañía pretendía. Porque en el fondo toda la escritura busca escenificar la realidad misionera y al jesuita como instrumento de la gracia divina:

El colegio de Buenos Aires, le debió también el mayor fomento en sus principios; las floridísimas misiones de los guaraníes, que son la corona más gloriosa de esta provincia y aún de toda la Compañía, por sus ruegos y comisión las emprendieron los jesuitas [...] (Lozano, 1745).

[...] llegó finalmente el año de 1586 cuando la dolencia de la provincia pedía remedio más ejecutivo, cuando las súplicas del ilustrísimo [fray Francisco de Victoria] eran por más eficaces, más ardientes cuando era cumplido el término que tenía el Autor soberano [...] que conociendo la justicia de la causa y la obligación de satisfacerla señaló dos sacerdotes [para la provincia] [...] (Guevara, 1882, p. 339).

Estos relatos remiten al modelo narrativo del *exemplum* muy utilizado durante los siglos XVI y XVII con su carácter religioso y didáctico; es importante remarcar que si bien éstas obras se escriben en el siglo XVIII, conservan características de los siglos anteriores aunque en el caso de la de Guevara podemos encontrar en su esfuerzo sintetizador algunas particularidades del XVIII.

En las obras aparece el modelo apostólico o evangélico construido por medio de la escritura epistolar,

donde se entiende al misionero como obrero u operario de Cristo; esta es una idea muy usada en Lozano donde emprenden empresas heroicas con ayuda divina:

[...] asolaron la ciudad trayendo por guía a don Diego de Rego, que siendo teniente de gobernador en dicha ciudad, había feamente abandonado su oficio y pasándose a los mamelucos, a quienes vino capitaneando para cautivar los pocos indios de encomienda que habían quedado, y los de cuatro reducciones que acababan de fundar los jesuitas en aquel distrito, y por fin destruir la misma ciudad [...] (Lozano, 1745).

[...] no entro en el empeño de referir menudamente los trabajos de los Manuel Ortega y Tomás Fildi en los tres años siguientes, en que la peste infectó el Guayrá, Villa Rica y Xerez. Baste decir que jamás el celo vistió alas más ligeras para andar en continuo movimiento, visitando y corriendo por todas partes para catequizar, bautizar y administrar los sacramentos a número tan crecido de indios [...] (Guevara, 1882, p. 378).

Federico Palomo afirma que esta idea del misionero como alter-ego de Cristo y la entrada de los misioneros se compara permanente con la entrada de Jesús en Jerusalén el domingo de ramos al inicio de la Semana Santa católica. Si bien ambas obras reflejan los sucesos profanos, en esta figura el misionero refleja dicha idea firme y constantemente. Podemos entender esta idea de alter-ego como el otro yo de Cristo, aunque también podemos pensar en que los valores cristianos se convierten en la esencia del misionero.

Para este modelo los misioneros recurren a un lenguaje sencillo, accesible a todo público y a la gracia de Dios que maneja la herramienta vocal del misionero. Este recurso de las lenguas es un topo común en la escritura jesuítica pero también son topos comunes a la cultura religiosa de la época que asocian imágenes como el misionero con hombre santo o peregrino.

Reflexiones finales

Esperamos que este trabajo pueda reflejar una labor que intenta estudiar la producción de un autor en relación a sus contemporáneos y sus condicionantes. Si bien nuestro objetivo principal es la producción de Lozano, consideramos necesaria la comparación y elegimos a José Guevara por ser el historiador que lo sucede y quien trabajó sobre su obra como todos los historiadores jesuitas que van encadenando su trabajo con el anterior.

Si bien ambas obras quedaron inéditas, es posible pensar que la de Guevara queda inédita por la situación

de la expulsión que modifica todo el marco en el que la Compañía se desempeñaba. Sin embargo también debemos considerar el costo de la impresión de las obras, que como dice Andrés Lamas si la propia Corona española dejó obras sin publicar por el costo que estas tenían, es indudable que la Compañía enfrentaba los mismos problemas.

Partimos de la base de pensar la función de estos relatos, que indudablemente tenían como fin el destaque y la promoción de la Compañía. En cuanto al público que se refiere también queda claro que eran tanto los novicios como el público en general; sin embargo el hecho de quedar inéditas es significativo para nosotros, ya que nos obliga a preguntarnos el por qué? Si sólo es una cuestión económica o las censuras de y hacia la Orden las relegan por otras razones; en el caso de la obra de Guevara el extrañamiento obviamente condiciona la edición, pero para la de Lozano el interrogante queda abierto.

En este análisis de las *Historia* de Lozano y Guevara propusimos las ideas de Roland Barthes porque este plantea que a través de los Ejercicios Espirituales se buscaba que cada uno alcanzara paso a paso la esencia; esa esencia en estos jesuitas designados historiadores implica la necesidad de mostrarle al mundo los beneficios que la Compañía traía al espacio rioplatense. Asimismo nos pareció interesante la clasificación de los escritos de los jesuitas que propone Ines Zupanov porque nos permite pensar en distintos tipos de textos a fin de relacionarlos con sus finalidades.

Es importante destacar que Guevara entiende que no pueden separarse una historia civil y una historia de la Compañía, por esto “mezcla” algunos sucesos que Lozano presenta separados en dos obras. Para Guevara no pueden separarse las historias por el lugar que ocupó la Compañía.

Antonella Romano señala que en la conformación del ideal misionero si bien se requiere un ideal ilustrado se hace hincapié en un misionero más orientado a la plegaria, a la oración y a la evangelización de los naturales. La autora destaca, en su trabajo sobre la correspondencia de dos padres en Nueva España, la tarea científica de algunos misioneros aunque no estén designados para eso. Nosotros nos preguntamos, dejando para futuros trabajos, como se constituye este ideal ilustrado que incluye los conocimientos científicos en un historiador que específicamente está designado para estas tareas. Como un primer acercamiento consideramos que los dos autores trabajados incorporan estas características de modernidad ilustrada por los aspectos arriba mencionados en la escritura de la historia dentro de una concepción de mundo que va integrando por “estar en el mundo sin ser del mundo” las nuevas ideas que aparecen durante el siglo XVIII.

Referencias

- BARTHES, R. 1997. *Sade, Fourier y Loyola*. Madrid, Cátedra, 211 p.
- DOMINGUES, B.H. 2006. As missões jesuíticas entre os guaranis no contexto da Ilustração. *Historia*, 25(1):44-69.
- FURLONG, G. 1959 *Pedro Lozano y sus Observaciones a Vargas*. Buenos Aires, Librería del Plata, 176 p.
- GUEVARA, J. 1882. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires, S. Ostwald, 431 p.
- JAOLINO TORRES, M.M. 2008. O arquivo inaciano na gênese do poder disciplinar: formação, conformação e produção da Companhia de Jesus. In: JORNADAS INTERNACIONALES SOBRE LAS MISIONES JESUITICAS, XII, Buenos Aires, 2008. *Interacciones y sentidos de la conversión*, Buenos Aires, p. 1-15.
- LAMAS, A. 1873-1875. Introducción a la Edición de Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. In: P. LOZANO, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires, Imprenta Popular. (Tomos I – V. Colección de obras, documentos y noticias inéditas o poco conocidas para servir a la historia física, política y literaria del Río de la Plata. Tomos I: 467 p; Tomo II: 396 p; Tomo III: 570 p; Tomo IV: 489 p; Tomo V: 364 p.).
- LAMAS, A. 1882. Introducción a la Edición de Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán. In: J. GUEVARA, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires, S. Ostwald.
- LORANDI, A.M. 2008. *Poder central, poder local: funcionarios borbónicos en el Tucumán colonial: un estudio de Antropología política*. Buenos Aires, Prometeo, 227 p.
- LOZANO, P. 1745 *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*. Buenos Aires, Biblioteca del Río de la Plata. (Tomos I – V. Colección de obras, documentos y noticias inéditas o poco conocidas para servir a la historia física, política y literaria del Río de la Plata. Tomos I: 467 p.; Tomo II: 396 p.; Tomo III: 570 p.; Tomo IV: 489 p.; Tomo V: 364 p.).
- MORALES, M.M. (ed.) 2005. *A mis manos han llegado. Cartas de Padres Generales a la antigua provincia del Paraguay (1608-1639)*. Madrid/Roma, Comillas/Institutum Historicum Societatis Iesu, 613 p.
- MORNER, M. 1968. *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata. La era de los Habsburgo*. Buenos Aires, Paidós, 261 p.
- MOUTOKÍAS, Z. 2000. Gobierno y sociedad en el Tucumán y el Río de la Plata. In: E. TANDETER, *La Sociedad Colonial. Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, p. 355-412.
- PALOMO, F. 2004. De algunas cosas que sucedieron estando en misión: espiritualidad jesuita y escritura misionera en la península ibérica (siglos XVI y XVII). *A Companhia de Jesus na Península Ibérica nos sécs. XVI e XVII: Espiritualidade e cultura: actas do Colóquio Internacional*, p. 119-150. Disponible en: <http://ler.letras.up.pt/uploads/ficheiros/3769.pdf>, acessado en: 22/09/2008.
- REGLAS DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS Y LA CARTA DE LA OBEDIENCIA DE NUESTRO GLORIOSO PADRE SAN IGNACIO, FÓRMULAS DE LOS VOTOS, Y DOCUMENTOS DEL MISMO SANTO PADRE. [1735]. Sevilla. Disponible en: www.cervantesvirtual.com, acessado en: 15/06/2009.
- RÍPODAS ARDANAZ, D. 1999. Idea sobre el quehacer del historiador en las crónicas jesuíticas de la provincia del Paraguay (1639-1766). In: CONGRESO INTERNACIONAL JESUITAS 400 AÑOS EN CÓRDOBA, Córdoba, 1999. *Anales...* Córdoba, p. 239-247.

ROMANO, A. 2007. Actividad científica y Nuevo Mundo: el papel de los jesuitas en el desarrollo de la modernidad en Iberoamérica. In: M. MARZAL; L. BACIGALUPO (eds.), *Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica, 1549-1773*. Lima, IFEA, PUCP Fondo Editorial de la Universidad del Pacífico, p. 56-59.

STORNI, H. 1980. *Catálogo de los jesuitas de la provincia del Paraguay (Cuenca del Palta) 1585-1768*. Roma, Institutum HIstoricum Societatis Iesu, 350 p.

Submetido em: 29/07/2009

Aceito em: 10/09/2009

Josefina G. Cargnel
Facultad de Humanidades – UNNE
Las Heras 727, Resistencia, Chaco
CP: 3500, Argentina